


Por fin se resuelve
el asesinato que cambió
la historia de España

A portrait of a man with a beard and mustache, wearing a dark suit and a white shirt with a high collar. He is holding a sword in his right hand. The background is dark. The title 'MATAR A PRIM' is overlaid in large white letters.

MATAR A PRIM

Francisco
Pérez Abellán

FRANCISCO PÉREZ ABELLÁN

MATAR A PRIM

*Por fin se resuelve el asesinato que cambió
la historia de España*

Índice

Prólogo. A las puertas del segundo centenario del nacimiento de Juan Prim, por Miguel Ángel Almodóvar	13
<i>Una investigación académica y escrupulosa con la verdad</i>	14
<i>La probabilidad, casi certeza, de una segunda muerte</i>	15
<i>Una verdad incómoda y enojosa</i>	15
<i>España entra en la retroinvestigación delictiva por la puerta grande</i>	16
Mensaje al Rey Juan Carlos I de los científicos de la Comisión Prim	21
A Prim lo remataron, por Federico Jiménez Losantos	23
I. El mayor misterio criminal	25
El crimen, descubierto	27
Heridas no descritas	29
El Judas de Arjonilla	30
Ambición sin límites	33
Espadón isabelino	34
Retrodiagnóstico	36
Tradición oral	37
Ignorancia de Prim	40
II. Madrid era una trampa	43
El azote de Prim	44

	Engaño a los ciudadanos	49
	Espadones y golpistas	51
	Un clamor de muerte	53
	Leyendas y mentiras	55
	Los discursos de Prim, sin el más importante	56
III.	Cinco magnicidios inspirados unos en otros	59
	La pólvora ladra	61
	Refinado y mundano	62
	La verdad judicial	64
	Pistoleros anarquistas	66
	La bomba Orsini	68
	Tipos mezquinos	70
	Presión todopoderosa	72
IV.	Catalán, español y general a los veintinueve años	75
	A la bayoneta	76
	Oficiales como éste	78
	Reus no se rinde	81
	Campeón de la libertad	83
V.	A España se la vence, pero no se la deshonra	87
	Peor en catalán	88
	Piezas de artillería	90
	Vivas al general	92
	La libertad no corre peligro	94
	El rey de los votos	96
VI.	En la calle del Turco le dispararon	99
	Aparatoso boato	100
	La Partida de la Porra	102
	Hombre de Estado	104
	Gana la votación	106
	No le da importancia	108
	Un frenazo brusco	110
	El bastón se rompe	112
	Quizá inconsciente	114

VII. Lo remataron con estrangulación a lazo	115
Fuera de la historia	116
Topete, teatral	118
Agente doble	120
La doctora metió la mano	122
Investigador policial	125
Sabemos lo que te han hecho	126
Inspirados en el franquismo	128
VIII. Asesinado bajo la protección de Serrano	131
El sospechoso Serrano	134
Noventa años después	135
Estudio médico-legal del general Prim	137
Estudio antropológico forense del general Prim	138
El estudio	140
No se le hizo la autopsia	141
No se corresponde con lo oficial	143
IX. Lo que queda de la escena del crimen	147
Un disparo en el pecho	148
Criminalística	150
La berlina sufrió una emboscada	153
Examen del lado derecho	155
Examen del lado izquierdo	155
Examen del interior	156
Armas empleadas	157
Distancias de disparo	160
Estudio del uniforme	161
X. Los secretos de la momia de Prim	163
Momificación completa	164
XI. Huellas científicas de una estrangulación	171
Investigación criminal	171
Apuesto a que sí	173
La confirmación	176

XII. La teoría de las lesiones figuradas	179
Insigne jurista	180
Motivación del crimen	182
Métodos expeditivos	184
Defender la verdad	185
La opinión que mantengo	186
XIII. Serrano, eterno conspirador	189
El conspirador Aviraneta	190
La campaña de México	192
Retirada de tropas	196
La mano izquierda	197
Pacto de Ostende	198
Veto de Napoleón III	200
Autores contra Serrano	201
XIV. Los Borbones en pelota	205
Pasta flora	207
Un pequeño Godoy	208
La Monja de las Llagas	210
En brazos de Marfori	211
El tercer disparo	214
Amor de folletín	216
XV. Una guerra entre masones	219
Personajes de grado 33	221
Todos masones	223
Fondo de odio	225
Las iniciales C. R.	227
La máquina de matar sigue activa	229
Atentado a los reyes	231
Ojos de rito	234
XVI. El sumario saqueado y mutilado conserva la verdad	237
Cinco mil duros	238
La culpabilidad de Pastor	239

El sumario lo imputa	242
Contactos con presidiarios	245
Puñalada al sol	247
Un sumario mutilado	249
Lo principal y lo que falta	251
Información sensible	252
XVII. Paúl y Angulo y los asesinos de Prim	255
A los que aprovecha	257
Autores intelectuales	259
El duque negro	262
Doce impactos de bala	264
El herido parlante	267
Un misterio que tiene solución	268
La ciencia ratifica que no fueron los Borbones	271
Apéndices	275
<i>Dramatis personae</i>	277
<i>Parte principal del sumario 306/1870</i>	283
Conclusiones de la Comisión Prim de Investigación,	
bicentenario 2014	321
<i>Comisión Prim</i>	321
<i>Agradecimientos</i>	321
<i>Conclusiones generales</i>	322
<i>Conclusiones criminológicas</i>	323
<i>Conclusiones médico-forenses</i>	325
<i>Conclusiones criminalísticas</i>	327
<i>Conclusiones jurídicas</i>	329
<i>Conclusiones sumariales</i>	330
Bibliografía recomendada	333

El mayor misterio criminal

Les hablo a ustedes, respetados a la vez que queridos conciudadanos, y les hablo uno a uno, como compatriotas y paisanos. Mi tono debe ser confidencial. Quiero dirigirme a todos, puesto que tengo que hacer grandes revelaciones, convertirles en copartícipes de secretos nunca antes desvelados, hacerles depositarios de una larga lucha para obtener la verdad de un crimen enfangado en la política, la realeza y la mentira histórica, cuyo final aclara el devenir de nuestras propias vidas y al que un puñado de investigadores hemos hecho frente. De ahí que vean que me dirijo a ustedes y les invoque: paisanos, conciudadanos, esta vez los asesinos no escaparán...

Presten oído al relato insólito de la mayor historia de guerra y paz jamás contada, ocultada durante décadas por los enemigos de la verdad. Yo que he estado presente cuando se abrían, uno tras otro, con ruido de madera y metal, los ataúdes que contienen los restos del general Prim, voy a contarles la verdad. La que, ataviados con nuestros monos blancos de criminólogo, fuimos descubriendo a medida que abríamos la caja de seda negra y oro con la pirámide masónica y cortábamos con una cizalla el ataúd de plomo para extraer la momia natural, de cuerpo entero, con todos los secretos ocultos. Como un tesoro enterrado o un mensaje dentro de una botella guardado a lo largo del tiempo para los viajeros del siglo XXI que, tras un proceloso periplo, logramos acercarnos a su último lugar de reposo.

Voy a narrar la singular historia de Juan Prim y Prats, el militar más valiente, de quien el 6 de diciembre de 2014 se cumple el bicentenario de su nacimiento en Reus, Tarragona. Tres veces laureado, premiado con la Cruz de San Fernando —la mayor condecoración al valor militar— en el campo de batalla, Prim es el más grande héroe de nuestros ejércitos, un político de verbo poderoso, un visionario capaz de establecer el poder del pueblo sobre la monarquía absolutista. Promovió la revolución llamada la Gloriosa y estableció un idilio tal con sus seguidores que incluso hoy se le atribuyen todas las victorias, hasta las que no fueron suyas. Tal es el caso de la batalla de Alcolea —triunfo de su rival, el general Serrano, ora amigo, ora enemigo, presunto matador a la luz de la ciencia—, que el pueblo atribuyó igualmente a Prim para gran disgusto de aquél, con quien a lo largo de su carrera mantuvo un feroz duelo lleno de retos.

*En el puente de Alcolea
la batalla ganó Prim.²*

Prim, el héroe, fue traicionado, asesinado y abandonado a su suerte por la desidia de pésimos historiadores, grandes manipuladores, políticos corruptos y novelistas indignos, capaces de transformar la mayor conspiración de la historia en un cuento de hadas.

Una vez herido de muerte en la calle del Turco, Prim fue abandonado en manos de sus asesinos, quienes disfrazaron el crimen con la complicidad de todas las fuerzas políticas implicadas en el secreto del atentado, el mismo que hasta ahora se ha ofrecido tergiversado, traicionando sin fin al gran hombre y condenándolo al olvido. Cubierto con su uniforme de capitán general en sus tres ataúdes —mausoleo, caja de seda negra y féretro de plomo—, que escondían a la opinión pública el mecanismo de su muerte por la mano de grandes criminales que torcieron el destino de la nación y que han hecho llegar hasta hoy como válida una versión falsa de lo ocurrido. Lo que demuestra que la historia también la escriben los asesinos.

2. Copla de ciegos cantada por los niños.

Rota la mortaja, el general Prim ha logrado regresar con el cuerpo íntegro de su viaje por el tiempo para ser examinado a la luz de la ciencia del siglo XXI, que ha descubierto sin duda alguna que fue víctima de una emboscada donde le abandonó no sólo el poder que debería haberle protegido, el omnipotente de su delfín Sagasta —político de gran calado, a la sazón ministro de la Gobernación— y de sus otros ministros y supuestos amigos, sino también el de la policía, que fue enviada de forma falaz a vigilar a los cómicos que representaban en los teatros de la ciudad la sátira *Macaronini I*, que ponía en ridículo al rey Amadeo I —a quien Prim había elegido—, apartándola así de la tarea de velar por la seguridad del presidente.

El mausoleo exterior, la representación monumental de Pablo Sorolla, lo alejaba del pueblo; el ataúd de seda negra y dorado —a no ser por un cristal que nada podía revelar— lo preservaba de la curiosidad y, por fin, el féretro hermético de plomo lo encerraba en una caja sellada que lo aislaba para siempre de las investigaciones.

El crimen, descubierto

Sin embargo, el tipo de ataque que Prim sufrió en la calle del Turco hizo que su cuerpo se quedara prácticamente sin sangre, lo que facilitó que el cadáver se momificara de forma natural y adquiriera la consistencia del cuero, conservando todos sus órganos (al contrario que el proceso de conservación post mórtem que practicaban los egipcios con sus momias). El general Prim, protegido en el interior de sus tres ataúdes como en un túnel del tiempo, permanecía entero y conservaba el secreto de su asesinato tatuado en el cuello, esperando a que los criminólogos del siglo XXI lo examinaran para descubrir, de una vez por todas, las falsedades históricas que los intelectuales de pitiminí, los falsos historiadores y los novelistas de la falsificación no han dejado de difundir durante casi siglo y medio de leyendas interesadas.

Ahora, la farsa ha terminado. Esta vez los asesinos no escapan. Y a pesar de la resistencia de los políticos que han querido ju-

gar —en beneficio siempre de sus miserables intereses— la última baza de la ocultación, el maquillaje de la historia y la distorsión de lo ocurrido, el crimen ha sido totalmente descubierto.

El general Prim fue objeto de una gran conjura de la que formaron parte muchos de sus enemigos, quienes intentaron matarlo a trabucazos en la calle del Turco. En el que tal vez fue el crimen más caro de la historia, para el que se contrataron todos los asesinos por encargo disponibles, Prim llegó gravemente herido a su residencia en el palacio de Buenavista, en el centro de Madrid, donde siguió en manos de los conspiradores, quienes se hicieron con el control de todas las decisiones de su casa —incluso de las más íntimas— y determinaron quién podía entrar o no en la habitación en la que yacía moribundo. Tal era la fuerza e importancia de los crueles asesinos.

No avisaron a médicos que pudieran curarle, ni convocaron un gabinete de sabios para entablar consulta. Se limitaron a permitir que doctores sumisos y entregados revisaran por encima las lesiones y dejaran que la naturaleza siguiera su curso. En aquel tiempo no era posible hacer transfusiones de sangre debido a que se desconocían los grupos sanguíneos, de modo que la sangre perdida no pudo recuperarse. La momia de Prim no presenta rastros de incrustaciones de cota de malla (que, como señalan los más ignaros, le habrían producido los disparos), ni tampoco signos de que se hubiera tratado de curar las heridas: un poco de emplasto con aspecto de yeso, unas hilas empapadas y eso fue todo: la intención no era curarle. Y él, al contrario de lo que se ha afirmado, no llevaba protección alguna: ni cota de malla, ni nada.

Sus enemigos no permitieron que el juez instructor entrara a verlo, y quienes pasan por historiadores —incluso cátedros ignorantes y muy significados— afirman todavía hoy que, a pesar de sus heridas catastróficas, algunos de sus amigos pudieron departir con él, no sólo de los pormenores del atentado sino también de política en general, mientras permanecía conmocionado, hemorrágico, ausente, desmayado, exánime, vegetal. Muriéndose a chorros.

Los médicos militares que le examinaron debieron de informar de que había alguna posibilidad de que se recuperara de sus heridas

si se detenía la hemorragia. En el gran agujero que se abrió en el hombro izquierdo, donde había una herida de seis centímetros de diámetro, así como en el codo, los doctores metieron emplasto e hilas en un intento de parar la sangre. Pero la intención era meramente ornamental: sencillamente, no resultaba estético que arrojara tanto líquido.

Heridas no descritas

Prim, examinado a la luz de la ciencia de nuestros días, no fue curado de sus heridas. Por ejemplo, el dedo anular de la mano derecha, que le fue amputado, no presenta ningún tipo de cauterización o tratamiento posterior. Cuando murió debía de estar sangrando. La mano derecha está también atravesada por un agujero en el centro de la palma. La momia tiene heridas que no fueron descritas en la declaración de autopsia ante el juez y que han sido encontradas y descritas por primera vez por la doctora Robledo, antropóloga forense de la Comisión Prim, investigadora sublime y perito heroica e insustituible de este estudio.

Al escuchar la impresión médica del reconocimiento, los conspiradores debieron de tomar la decisión de acelerar su muerte: con este fin, ordenaron que uno de los muchos sicarios contratados para matarlo lo estrangulara a lazo.

Este mecanismo de asfixia tiene como resultado una muerte rápida, silenciosa y muy efectiva. Contrariamente al ahorcamiento, no rompe el hueso hioides, sino que mata por hipoxia (falta de oxígeno en el cerebro). Basta con que el criminal esté unos minutos a solas con la víctima, especialmente si ésta —como es el caso— permanece tumbada en la cama, inconsciente, sangrando. El sospechoso criminal más probable podría ser el mismo José María Pastor, jefe de escoltas del duque de la Torre, dispensador de sus asuntos turbios, imputado criminal en el sumario como contratista de sicarios para el asesinato de Prim y siempre dispuesto a cumplir las órdenes de Serrano. Él mismo pudo hacerlo o procurar quien lo hiciera. Fue cosa de un momento; pudo ser cualquiera suficientemente

fuerte o que tuviese costumbre. Pero si hay algo que esta investigación ha descubierto es que quienquiera que fuese el autor del asesinato debió de hacerlo bajo la protección del general Francisco Serrano y Domínguez, regente con tratamiento de alteza y privilegios de príncipe de Asturias, que se hizo cargo del poder una vez herido de muerte Prim. Serrano no fue en ningún momento en busca de reyes al extranjero, y por el puesto que ocupaba, como indica el conde de Romanones, parecía decir bastante claro que él apostaba por sí mismo como monarca, si bien no se atreviera a proponerlo en presencia de Prim. Su ambiciosa mujer tuvo mucho que ver en la inquina final que tiñó las relaciones entre los dos generales.

Para el catedrático reusense Pere Anguera, la verdad se vislumbra desde el libro del también nacido en Reus Antonio Pedrol Rius, jurista «que estudió concienzudamente el sumario» y, según este, José Paúl y Angulo habría dirigido a los asesinos, aunque Pedrol considera que habría «alguien detrás de Paúl»: «Este alguien sólo puede aludir al regente Serrano o al duque de Montpensier. A lo largo del proceso salió a la luz que José María Pastor, ayudante de Serrano, había promovido un atentado previo, ayudó a huir de la cárcel a uno de los imputados en el crimen y escondió en su casa a algunos de los asesinos. Su participación resulta más probada que la de Paúl y Angulo y hace recaer las sospechas en su superior.»

El Judas de Arjonilla

La otra pista que señala a los autores intelectuales del atentado apunta, según el profesor Anguera, a Montpensier: «No en vano su secretario Felipe Solís, que ya había promovido uno o dos atentados contra Prim, fue detenido y procesado. Una posible hipótesis es que Montpensier habría financiado el atentado. Pastor (y, detrás de él, Serrano) lo habría encubierto desde el primer momento y ambos se habrían valido del entorno de Paúl para realizarlo.»³

3. Pere Anguera, «El general Prim», *Revista Clío de la Historia*, febrero de 2006, p. 94.

Serrano, al que se atribuye haber sido el primer amante de la reina Isabel II, quien le llamaba «el general bonito», fue un político de largo aliento que cambiaba de bando como de chaqueta: monárquico y republicano, conservador y progresista, al servicio de la reina e interesado revolucionario de la Gloriosa... Se le atribuye haber sido amante de Isabel II cuando era sólo una niña, lo que después no le impidió combatir contra ella hasta echarla de España en la Gloriosa. Serrano fue monárquico, pero cuando llegó la hora no le hizo ascos a ser el último presidente de la Primera República.

No muchos saben que cuando Serrano fue designado embajador, el marqués de Villa Urrutia, primer secretario de la Embajada de París, no tuvo más remedio que incluir en la hagiografía que le dedica el hecho de que los progresistas apodaran a Serrano «el Judas de Arjonilla». Algunos, poco duchos en historia, se lamentan: «¡Parece duro atribuir a Serrano la sospecha de la muerte de Prim!» ¡Hombre, del general que da nombre a la calle comercial más importante de Madrid, cuesta digerir que fuera un asesino! Y si además se sabe que durante los tres años que fue capitán general en Cuba ¡se enriqueció con el tráfico de esclavos! Sangre de esclavo, muerte de negro que alegraron sus arcas.

Por si fuera poco, también fue el gran represor de la algarada de la rebelión de los sargentos del cuartel de San Gil, puestos en rebelión al grito de «¡Viva Prim!».

Desde el primer momento, Serrano es señalado en la revista satírica de la época *La Flaca* por el espectro de Prim como uno de los culpables de su muerte. Y hay toda una tradición de pensamiento historiográfico que señala una y otra vez a Serrano como uno de los presuntos asesinos intelectuales; una rica tradición de pensadores e historiadores de los que nos declaramos deudos. Igualmente, el sumario señala a Serrano por declaraciones que aseguran haber visto a los asesinos refugiándose en su palacio tras disparar en la calle del Turco, así como por la constante participación en los atentados contra el presidente de su hombre de confianza, José María Pastor, el gran reclutador de los sicarios.

A Serrano como implicado en la autoría intelectual del crimen

lo señala Paúl y Angulo, para salvarse, en su opúsculo *Los asesinos del general Prim y la política en España* (París, 1886). El conde de Romanones, en su obra *Amadeo de Saboya* (1935), que brindará a Valle-Inclán la oportunidad de defender de forma entusiasta a Paúl y Angulo como presunto inocente, afirma que bajo la apariencia de unas relaciones cordiales existía un fondo de odio mutuo entre Prim y Serrano. Romanones, viejo zorro de la política, no encontró una forma menos enrevesada de decir lo que quería: Serrano «no ignoraba que su carrera política quedaría terminada en el momento en el que pusiera pie en España don Amadeo», por lo que «ni rechazamos, ni recogemos los comentarios que se hicieron sobre Serrano en relación con el asesinato de Prim», dado que «las pasiones humanas, sobre todo en política, llevan a las más extremas resoluciones».

El solvente investigador Javier Rubio recoge otra descarga del vitriólico conde en un artículo del mismo año en el que afirma que a Serrano «aunque los indicios no le acusan con fuerza, puestos a pensar mal, no es absurdo admitir las insidias» (*Ahora*, 24 de julio de 1935). No olvidemos que «en su *Amadeo*» ya dijo que Serrano aspiraba a ser Rey de España.

El riguroso Rubio, que en el caso de Serrano parece actuar escandalosamente convencido de su inocencia, en contra incluso de pruebas clamorosas, menciona un curioso episodio que choca a la luz de nuestros descubrimientos. Admite Rubio que Prim, en su lecho —pues sigue la versión oficial de muerte en tres días—, se preocupa del porvenir personal de Serrano hasta el punto de llamar a varios amigos políticos a la cabecera de su cama para pedirles que presenten en las Cortes una proposición de ley en virtud de la cual se conceda una serie de privilegios a Serrano, duque de la Torre.

Sin embargo, no menciona ni a uno solo de esos amigos. Ni ninguno de ellos se refirió jamás después a la extraña petición. Resulta que la fuente de esta noticia tan chocante es el propio general Serrano, que en una entrevista celebrada el 1 de enero de 1871 con una comisión de progresistas les comentó emocionado las supuestas pruebas de entrañable afecto que había recibido

de Prim, «pues unas horas antes de morir el conde de Reus se ocupó de que sus amigos pidieran para el duque de la Torre una recompensa nacional», consistente «en el título de alteza, una pensión vitalicia de 25.000 duros y la propiedad de la casa en la que habita», según el diario *El Imparcial*, primera página del 2 de enero de 1871.

Ambición sin límites

Esta solicitud, que no viene a cuento en el contexto de un dramático atentado, y que resultaría hilarante si no fuera brutal, no es otra cosa que el reflejo de una ambición sin límites, capaz de aprovechar la imposibilidad de que Prim le desmienta para tratar de sacar algún partido de unas exigencias bochornosas. Es una proposición delirante y hoy, gracias a la ciencia, sabemos que Prim, a esa hora que dice el general, ya no delira. Tras su muerte, sólo Serrano habla de algo tan generoso e incomprensible como que Prim, mientras agoniza, piense en beneficiar al propio Serrano, a quien el último mes de agosto habría tirado por el balcón. En mi opinión, se trata de una de las mayores pruebas de la ambición sin límites de Serrano.

Tras la muerte de Prim, ni siquiera el entusiasta Rubio logra refrendos de lo aquí aportado. No se recogen propuestas en las Cortes por parte de los amigos de Prim, ni hay nadie que recuerde tan generosas palabras del muerto. Más bien, desde el entorno del marqués de los Castillejos se extiende un halo de hielo sobre Serrano. Puede decirse que esta anécdota, que sin duda huele a fabulación, figura en el peor saldo del duque de la Torre, quien muestra un apetito insaciable reclamando nuevos títulos, unos duros vitalicios y el regalo del palacete de la Regencia.

Coincide en la larga lista de sospechas la figura jurídica de Ángel Ossorio y Gallardo, que fue decano del Colegio de Abogados de Madrid desde marzo de 1930 hasta finales de 1931. Abogado, hombre de pensamiento y de acción que acabó sus días lejos de la patria, dice en sus memorias: «Se dice que el asesinato de Prim

fue inspirado por el duque de Montpensier, casado con una hermana de la reina Isabel, que aspiraba a sucederla en el trono. Se dice que promovió el asesinato el duque de la Torre, quien pretendía ejercer un setenado de regencia sobre el príncipe Alfonso, único hijo varón de la reina Isabel.»⁴

Espadón isabelino

De cualquier forma, no nos toca a nosotros juzgar el crimen que nunca llegó a vista oral, convenientemente manipulado por la política. Nos limitamos a reunir los datos y a ponerlos encima de la mesa. Los imputados, pues, serán desde ahora siempre presuntos, y la búsqueda de la verdad histórica no se podrá hacer coincidir con la verdad judicial, hartamente manipulada. Pero el relato de los historiadores solventes, los documentos encontrados y estudiados, la tradición oral, los dibujos de *La Flaca* y las continuas sospechas sobre el comportamiento de Serrano han sido una constante histórica hasta ahora, cuando la Comisión ha descubierto, de modo científico e innegable, que Prim fue estrangulado cuando el regente que tomó el poder en «ausencia médica de la víctima» debiera haberle protegido, sin que su indudable experiencia de mando, militar y conspiradora le permita de modo alguno rehuir esta responsabilidad.

Serrano estaba casado con su prima, una mujer ambiciosa e insaciable que le hizo protagonizar el gran escándalo del matrimonio en París de su hijo mayor, presunto impotente, con una rica heredera a la que incluso un libro de la época —de tipo libelo, pero muy documentado—,⁵ junto con toda la prensa francesa, atribuye una gran influencia. Serrano habría sido clave para desplumar a su nuera y complacer a su esposa, sabedor de que su hijo jamás podría hacer feliz a la mujer a la que presuntamente engañaron.

4. A. Ossorio y Gallardo, *Mis memorias*, Madrid, Tebas, 1975.

5. Luis Carreras, *Los duques de la Torre y el casamiento de su hijo*, París, 1883.

Ya tenemos pues a un Serrano espadón isabelino, que se lleva bien con los negreros, a la vez monárquico y republicano, según convenga, esclavista, acusado de traidor, imputado de chaquetero, de timador familiar y de feroz represor homicida, que hará lo imposible desde España para retrasar la abolición de la esclavitud en Cuba, al contrario de lo que en Estados Unidos ejemplifica su contemporáneo, el héroe Abraham Lincoln. Se le tilda de Judas de Arjonilla, una de sus propiedades; alguien que, de forma turbia, es capaz de ser a la vez amante de la reina de España y quien finalmente la expulse del país en virtud del juego político. El hecho de que su nombre permanezca en la gran calle que le recuerda en Madrid sólo se debe a la ignorancia de los políticos.

Cuando se despojó a Prim del uniforme de capitán general —como de los oropeles a su rival— y quedó desnudo, pudieron observarse unos surcos muy característicos de los que el fotógrafo científico Ioannis Koutsourais, el otro investigador mítico de nuestra Comisión, hizo unas tomas excelentes. Nada más verlas, el investigador policial José Romero Tamaral, el gran inspector del caso Urquijo, hoy abogado en ejercicio y profesor universitario de Investigación Criminal, dijo que se trataba de «secuelas indudables de una estrangulación a lazo», de la que con suerte podría verse hasta la hebilla del cinturón con el que se perpetró.

La momia de Prim había pasado por el quirófano y descansaba encima de una camilla cubierta con una sábana blanca en la que resaltaba su color renegrido. En la cabeza destacaban sus ojos de vidrio, que parecían mirar desde muy lejos. Para la mayoría de los que estábamos allí era la primera vez que veíamos una momia con los ojos abiertos. Los de Prim son auténticas joyas de orfebre que nadie sabe a qué obedecen. Pueden ser un adorno, pero estaba previsto que el cuerpo se exhibiera durante sólo tres días. ¿Dio tiempo a fabricar entonces estas auténticas joyas que han permanecido intactas como el primer día, enterradas durante casi un siglo y medio? ¿Son una concesión de la tanatopraxia o se trata de un guiño masónico?

Retrodiagnóstico

Prim mira fijamente con sus ojos de vidrio, salidos de la mano de un artesano especialmente dotado, y parece transmitir un mensaje del pasado, depositario del gran secreto de su muerte. «Él es el principal testigo de su causa», como dice Ioannis. La doctora Robledo, antropóloga forense, supo interpretar en los signos de su cuello la clave de lo que había sufrido.

Éste es el primer «retrodiagnóstico criminológico» de la historia criminal que revela a su vez dos cosas: por un lado, que cualquier crimen, por misterioso que sea, puede ser resuelto; por otro, que la ciencia del siglo XXI ha aclarado el mayor misterio criminal, por encima del oscurantismo masónico, el ocultismo de la conspiración y la desidia histórica.

De esta forma, la figura del criminólogo adquiere una estatura ejemplar y será reclamada a nivel internacional en la investigación de la muerte de Ramsés III, una momia de tres mil años de antigüedad respecto de la que, después del éxito con Prim, siguiendo los mismos pasos, se descubrirá que finalmente fue degollada. En un mundo globalizado, nuestra iniciativa contribuirá a profundizar en el misterio del fallecimiento del líder palestino Yasir Arafat o del gran poeta chileno Pablo Neruda, de los que se sospecha que pudieron ser asesinados.

Los criminólogos, los hombres de la ciencia contra el crimen, descubrirán en cada uno de los casos lo que corresponda. Pero es innegable que todo se activó en el momento mismo en el que la Comisión decidió someter la gran intriga española del siglo XIX a la lupa criminológica. En un mundo como el nuestro, no cabe duda de que esto impulsará la indagación de los siguientes misterios.

Internet mostró al mundo los esplendorosos resultados de las pesquisas nacidas para empujar el estudio, dado que para nosotros investigar es un acto docente, enseñar cómo se hace directamente en el campo de la acción, ya sea la biblioteca, el depósito de pruebas judiciales o el quirófano de la tomografía axial.

En ocasiones, como en el caso de Prim, los restos cadavéricos hablan más que los vivos y revelan más verdades que los testigos que contaron la historia coaccionados por el miedo o subordinados a la paga. La simple desidia puede hacer que se cuente un hecho histórico directamente copiado de lo que escribieron aquellos que deformaron la verdad para ahorrarse unas horas de indagación en los archivos o de comprobación de documentos. Porque, a ver, ¿a qué hora diría usted que murió Prim?

Unos dicen que a las 20.30 del día 30 de diciembre de 1870, otros que a las 21.00, y otros, antes o después, como figura en la partida de defunción de la parroquia: a la 1.30 de la madrugada del día 31.

¿A qué hora se le hizo la autopsia? Unos dicen que a las 11.30 del 31 de diciembre, aunque la realidad, como ha demostrado la Comisión, es que no se le hizo autopsia alguna. Según el sumario, los médicos que declararon en el informe oral de la presunta autopsia fueron Juan Boada y Mariano Esteban Arredondo, y no Pablo León, como se venía diciendo hasta ahora, porque yo mismo lo he compulsado en el tomo correspondiente de la causa 306/1870, volumen II, folio 136v y siguientes... ¿Y el comportamiento de los médicos? ¿Cómo se explica?

Si los últimos que le vieron eran militares, se limitaron a informar lo que les ordenaron. No redactaron informes, sólo hicieron declaraciones sin mucho detalle. Luego el cuerpo del general fue embalsamado, y es posible que toda la operación estuviera siempre supervisada por los conspiradores hasta que quedara impecablemente vestido, y con el cuello bien tapado con la mortaja del uniforme, para un viaje de casi siglo y medio. Como la momia de Ramsés III, cuyo cuello fue doblemente envuelto en vendas justo en la zona de la degollación.

Tradición oral

Como jefe de la investigación afirmo sin ninguna duda que hemos resuelto el asesinato de Prim, el caso fotográficamente más docu-

mentado en lo científico de la historia, con el mejor testimonio de cómo se cometió el crimen, impreso para siempre en la momia de ciento cuarenta y dos años de antigüedad del general. Algo imprevisible e inesperado: nadie podía suponer que su cuerpo se mantendría entero y completo para un examen forense tanto tiempo después. Tomado el caso por sorpresa, tuvo que mostrarlo todo, rindiéndose a la decisión de una comisión universitaria de investigación, altruista y entregada, que surge de improviso en el erial de la nación española.

Es comprensible que nadie lo esperase y que aquí y allá los inmovilistas, endogámicos, dueños de la jerarquía de la inteligencia traten todavía de mantener sus privilegios.

Personalmente, sospecho que debe de haber algún tipo de tradición oral que ha llevado a Reus —y al entorno de Prim— habladurías y sospechas alrededor del mecanismo auténtico de su muerte que diversos grupos influyentes, todavía hoy, procuran que no se difundan.

Carles Tubella, natural de Reus, gemólogo de profesión con comercio abierto a la calle y sin otro mérito, a estos efectos, que ser el primer comisario municipal del *Any Prim*, intentó desde el principio influir en las conclusiones de la investigación científica. Empezó por advertir, sin base alguna ni preparación histórica, que era muy arriesgado trazar la hipótesis de que el general no pudo sobrevivir tres días después de los trabucazos. Sin embargo, la ciencia se impuso a sus palabras. Nosotros ya no sabíamos qué pretendía cuando para respaldar sus opiniones nos advirtió de que iban a hacer públicas unas cartas escritas supuestamente por Prim cuando permanecía agonizante en su lecho de dolor. Nuestra autopsia virtual demostró que tenía los dos brazos inutilizados y que no podría haber escrito nada. Por otra parte, aquellas cartas jamás salieron del supuesto escondite que las había albergado durante más de un siglo. Tiempo después descubrimos que ni se mostraron ni se publicaron porque no se correspondían con lo que se quería demostrar, si bien eran de puño y letra de Prim.

El comisario, incansable en su recorte a los vuelos de nuestro trabajo, nos advirtió sobre la cautela que era preciso mantener

acerca de los signos masónicos y los masones en relación con Prim. Porque, según le consta, «hay masones que están dispuestos a salir del armario». Prim era masón, y todo lo que le rodea en Reus lo subraya. Su propia muerte se halla empapada de masonería, y está probado que fue fruto de una guerra entre masones.

En la fase siguiente nos advirtió de que «en Madrid» —no quiso darnos más detalles— se preparaba un acto contra la Comisión por no haber actuado con mayor prudencia.

Finalmente, cuando descubrimos que Prim fue estrangulado a lazo, el comisario municipal del *Any Prim* quiso obligarnos a presentar la noticia como una posibilidad más, solapada por otras, a pesar de que en el convenio, firmado con el ayuntamiento, la corporación no podía intervenir en la investigación científica (al igual que nosotros no estábamos autorizados a dirigir el tráfico de Reus). Naturalmente, no pudieron impedir que difundiéramos nuestras conclusiones, si bien lo intentaron, de lo que hay constancia por escrito. Y contaron para ello con personas de dentro de la universidad en la que yo daba clases cuando se me ocurrió la investigación Prim.

En concreto, en nada nos ayudaron personas como el que por entonces era vicerrector de Investigación, Adolfo Sánchez Burón, que quizá no sea recordado por ninguna de sus investigaciones, pero sí por haber dicho en Reus, con la sala a reventar de público, que «A Prim lo mataron en la calle del Moro» (dado que le sonaba algo así como «calle del Turco»), en medio de la chanza general; las risas se recordarán para siempre en la ciudad donde Prim es casi una religión. La torpeza del vicerrector en público continuó cuando al terminar de hablar el alcalde de Reus, dando muestras de no saber dónde estaba, dijo: «Muchas gracias, señor rector.» Tiempo después de ser difundidas las conclusiones de la investigación Prim, y tras una intervención de pata de banco en la prensa de Tarragona sobre cierta polémica en torno al bicentenario con los asesores de la alcaldía, el vicerrector fue finalmente destituido.

Me consta que todavía hoy hay personas interesadas en buscar colaboradores para hacer un informe forense que discrepe del de

la Comisión, dada la independencia y la influencia que han logrado nuestros resultados. También porque los que aspiran a una celebración del bicentenario más folclórica —y menos científica— se sienten frustrados. Que conste que no me parece mal, pero de nuestro trabajo, y por si acaso, nosotros nos preocupamos de dejar constancia escrita y fotográfica, de forma que no se pueda borrar. Y ahora, el que opine que muestre sus credenciales. Aunque la momia fuera destruida por el fuego, ya nadie podrá jamás ignorar los signos evidentes de la forma en la que el general fue asesinado.

Ignorancia de Prim

Es curiosa la cantidad de gente ignorante de Prim que participa en la celebración oficial del bicentenario de 2014. Como muestra, en el propio corazón del Ayuntamiento de Reus, los redactores de una nota de prensa que anuncia una conferencia del alcalde Carles Pellicer hablan del libro de Pedrol Rius, que es un ensayo sobre el sumario judicial, como si fuera una biografía de Prim, lo que evidencia que no lo han leído, a pesar de que Pedrol era de Reus y de que su trabajo es imprescindible.

La conferencia del alcalde se tituló «Reus: la dipositària de la memòria de Prim» y se dictó en el Círculo Ecuéstre de Barcelona. El párrafo —lleno de ignorancia— de la nota de prensa al que nos referimos rezaba: «*La ciutat ha homenatjat el seu fill il·lustre en múltiples ocasions, i de la ciutat han sortit valuoses aportacions a la valoració de la figura del general Prim i de la seva obra, com les dues grans biografies d'Antoni Pedrol Rius i Pere Anguera.*»⁶

El alcalde de Reus, Carles Pellicer, que goza de mi respeto por

6. «Reus: depositaria de la memoria de Prim.» «La ciudad ha homenajado a su hijo ilustre en múltiples ocasiones, y de la ciudad han salido valiosas aportaciones a la valoración de la figura del general Prim y de su obra, como las dos grandes biografías de Antonio Pedrol Rius y Pere Anguera.»

ser un hombre inteligente y bienintencionado, se encuentra en una posición incómoda, rodeado por unos asesores del *Any Prim* que se debaten entre lo poco que quieren que se sepa de la verdad acerca de Prim y lo poco que saben de verdad del gran estadista asesinado.